

EL HADA DE GRANVILLE

CUENTO de CARLOS NODIER

EDITORIAL
TOR





00163318

escrita

EL HADA de GRANVILLE

CUENTO
de
CARLOS
NODIER

ilustraciones
de MIRCO



EDITORIAL TOR

Río de Janeiro 760

— Buenos Aires

LA ABEJA

LA MEJOR Y MAS ECONOMICA COLECCION INFANTIL ILUSTRADA

- 1 Pinocho en el teatro de títeres
- 2 Blancanieves y los 7 enanitos
- 3 Los príncipes encantados
- 4 La Bella durmiente del bosque
- 5 Juanfuerte
- 6 Piel de asno
- 7 La princesa y el erizo
- 8 Ali Babá y los 40 ladrones
- 9 La inocente mensajera
- 10 Pinocho en campo de milagros
- 11 El pájaro verde
- 12 Pulgarcito
- 13 Los maestros cantores
- 14 El rey del río de Oro
- 15 Caperucita Roja
- 16 Las tres princesas
- 17 El triunfo del zorro
- 18 Pinocho en la isla de las abejas
- 19 La princesa picarona
- 20 Simbad el marino
- 21 Canción de Navidad
- 22 Un viaje maravilloso
- 23 El niño que se volvió hormiga
- 24 El enano Zacarías
- 25 Pinocho en gruta de monstruos
- 26 El legado del moro
- 27 El gato con botas
- 28 El hada de Granville
- 29 De los Apeninos a los Andes
- 30 Meñique
- 31 El rey Cuervo
- 32 Almendrita
- 33 Pinocho en el país de juguetes
- 34 El niño perdido
- 35 Robin Hood
- 36 La isla encantada
- 37 Pif Paf
- 38 La carga liviana
- 39 La alfombra mágica
- 40 El pájaro que reía
- 41 La Centicienta
- 42 Aventuras del rey Beder
- 43 El muchacho y la fortuna, Fábulas de Samaniego
- 44 Pinocho en el fondo del mar
- 45 Gulliver en el país de enanos
- 46 La bella Dorigen
- 47 Las salamandras azules
- 48 Los zuecos maravillosos
- 49 Las tres hermanas
- 50 Fábulas de Iriarte
- 51 El niño raptado
- 52 Barba Azul
- 53 Tamino el hormiguero
- 54 Gulliver en el país de gigantes
- 55 El tejedor de Segovia
- 56 El príncipe Cododae
- 57 La amiguita de los pájaros
- 58 La señorita Scuderi
- 59 Fábulas de Esopo
- 60 Constanza
- 61 Nicolás y Nicolásin
- 62 Los rosales de la reina
- 63 El enfermero del Chacho
- 64 Grisélidis
- 65 Alicia en el país de maravillas
- 66 Aladino
- 67 Genoveva de Erabanta
- 68 La Sirenita
- 69 Peter Pan
- 70 El patito feo
- 71 Hombre que vendió su nombre
- 72 Los tres pelos del diablo
- 73 Hansel y Gretel
- 74 La flor del pantano
- 75 El huque fantasma
- 76 La cámara del tesoro
- 77 La desobediencia
- 78 El tarro de aceitunas
- 79 El mensajero de la corona
- 80 La camisa del hombre feo
- 81 La verdad sospechosa
- 82 La graciosa Emelia
- 83 El muchacho afortunado
- 84 La novia elegrida
- 85 Las dos estatuas
- 86 La botella encantada
- 87 El mercader de Venecia
- 88 La obligación
- 89 El favorito ingenioso
- 90 Los dos ruiseñores
- 91 El ladrón de Bagdad
- 92 El tambor del regimiento
- 93 El pájaro de oro
- 94 El barbero silencioso
- 95 Las tres perlas
- 96 Gulliver en países maravillosos
- 97 El príncipe impostor
- 98 El rey en busca de novia
- 99 El soldadito de plomo
- 100 El mercader y la favorita

ES PROPIEDAD. — Queda hecho el depósito que marca la ley.

Pretendientes.



EL HADA DE GRANVILLE

I

La infancia de Miguel



ACI en la localidad normanda de Granville —me dijo el joven recluso en la Casa de los Lunáticos de Glasgow—. Mi madre murió poco después de mi nacimiento. Mi padre era un comerciante acaudalado que traficaba con las Indias. Cuando emprendió su último viaje me confió a su hermano mayor, que era marinero retirado.

Una noche mi tío me llamó aparte y me dijo: —Eres ya un hombrecito, y debemos pensar en tu porvenir. En la práctica de un oficio encontrarás los medios de vida más seguros. No me vengas con la excusa de que eres rico, pues la fortuna que al azar se recibe al nacer, el azar también se la puede llevar. Tu padre ha colocado sus bienes y buena parte de los míos en una gran especulación; pero hace dos años que no sé nada

de él. Si dentro de otros dos años no recibimos noticias, tendré que arriesgarlo todo para ir a buscarlo de isla en isla.

—No sería digno de usted —le dije— si no le hubiera comprendido. Y, puesto que debo aprender un oficio, le diré que el de carpintero es el que más me gusta.

Y fué así como aprendí de carpintero sin renunciar a los estudios que ya había iniciado.

II

El hada de las sobras

Había en Granville una enana que dormía en el atrio de la iglesia y pedía limosna de casa en casa.

A veces, durante meses, años y hasta el curso de una generación entera, la enana desaparecía sin que nadie supiera de ella. Se suponía que había viajado mucho, pues hablaba todas las lenguas. De ahí que gozara de cierta fama en los colegios donde iba a recoger las sobras de las comidas. Esa condición suya junto con la imaginación de sirvientas y nodrizas le había valido el mote del Hada de las Sobras.

Usaba una blusa blanca ceñida al cuerpo con amplias mangas, y una pollera, blanca también, con grandes festones que caían sobre los pies diminutos, calzados con zapatillas limpias y de buen gusto. Se apoyaba en una varita de madera del Líbano y tenía un gran puño de un metal parecido al oro viejo. A nosotros se nos antojaba aquella la vara mágica de las hadas.



—Eres ya un hombrecito, y de-
bemos pensar...

Misco

Con ella solía ir a pasear por la playa y aprendí infinidad de cosas útiles.

—¿Cómo ha venido usted a parar aquí? —le pregunté un día.

—Lo hice —me contestó— buscando un puerto que me facilitara el camino a Oriente. Pensaba encontrar algún marino caritativo que se prestara a llevarme en su barco, pero las largas guerras me impidieron durante tu niñez realizar mi deseo. Si no te hubiera conocido, lamentaría mi venida aquí. Otra razón es el amor de un ingrato que no ha reparado en mi ternura.

—Ahora que terminaron las guerras —le dije—, puedo hacer algo por usted. Tengo ahorradas veinte monedas de oro, que bastan para un pasaje.

Ella aceptó mi ofrecimiento, y, cuando estreché sus manos, que temblaban en las mías, vi en sus ojos un resplandor que no había notado antes.

III

Los botones milagrosos

Cuando esa noche llegué a casa, me sorprendió el aire pensativo de mi tío. Me hizo sentar junto a él y me dijo:

—Han pasado dos años más sin haber recibido noticias de tu padre. Debo, pues, partir para cumplir con mi deber de socio, de hermano y de hombre de bien. Mañana mismo me hago a la mar. Durante un año más tendrás aquí casa y comida, sin contar con los muebles y mis ropas viejas. Vive con comodidad, y lo que ganes, ahórralo, para que más adelante puedas seguir disfrutando del mismo bienestar.

Acudía para recoger las sobras de las comidas.



“La enana del atrio me ha contado que mañana desea partir para Greenock, donde la reclaman no sé qué negocios imaginarios, y me ha hablado de los ahorros que tú le habías ofrecido. Apruebo tu conducta. No se puede emplear mejor el dinero que aliviando una miseria honrada.

“En lo que respecta a tu nuevo oficio, aunque no hayas nacido para él, no lo abandones. No humilles a tus compañeros de trabajo ni dejes de

alternar con ellos. Ama a Dios y sé útil a tu prójimo en lo que puedas”.

Al día siguiente mi tío partió muy temprano, haciendo lo mismo el Hada de las Sobras, con lo que yo me quedé solo, completamente solo. Pero sequé mis lágrimas y me fuí al taller.

A los dos años, mi patrón, a quien le iban mal los negocios, se fugó y me dejó sin trabajo y sin dinero.

El estado de mi ropa me afligía un poco, pero recordé que mi tío me había ofrecido la suya usada, y al revisarla recibí una alegría. Era una ropa como hecha a mi medida. No tenía que hacer otra cosa que cambiarle unos diez botones ordinarios a un saco bueno. Al primer golpe de tijera a los referidos botones cayó algo al suelo que tintineaba como el oro. Es que el botón no era otra cosa que un doble luis forrado en género. Los otros nueve eran otras tantas dobles monedas.

Al amanecer del día siguiente partí de Granville con el bolsillo lleno de oro y con el corazón desbordante de entusiasmo.

IV

La pesca maravillosa

Uno de esos días en que la orilla cubierta de dunas devora al imprudente que se aventura por las arenas sin sondearlas, iba yo por la playa, cuando de pronto oí gritos en demanda de socorro y vi un cuerpo raro y blanco que luchaba con el abismo. Corrí para auxiliar a la víctima, pero antes de que la alcanzara, un remolino de arena la envolvió. Yo estaba desesperado, pues creía



*Al amanecer del día si-
guiente partí de Gran-
ville.*

haber oído a la infeliz llamarme por mi nombre.

Hundí mi bastón y noté con gran alegría que el gancho de la punta hacía presa en algo pesado; tiré y pude atraer hacia mí al ser que trataba de salvar. Luché desesperadamente y arrastré la carga, que se me antojaba preciosa, hasta tierra firme. ¡Era nada menos que el Hada de las Sobras! Respiraba aún. Diez minutos después ya se tenía en pie.

—¡Cómo está usted aquí —le dije entonces—, cuando todos la creíamos en Greenock?

—La lamentable princesa de Oriente —me contestó— no se enorgullece de vencer un alma dura que no sabe agradecer su regreso. Ella sabe que sólo por piedad creaste la ilusión con que has mantenido su esperanza el día que creíste despedirte de ella para siempre.

Al oírla hablar así, la creí loca por efecto del

peligro que acababa de correr. Me propuse llevar alguna felicidad a su fantasía, y le dije:

—Nunca le mentí. Esta misma mañana, al salir de Granville, la encomendé a la protección del cielo. Su nombre es el único nombre de mujer que me recuerda un afecto. Tenga en cuenta que acabo de cumplir dieciocho años, y no debo pensar en casarme hasta la mayoría de edad.

—¿Te casarías conmigo cuando tengas cuatro años más?

—Le prometo hacerla mi esposa. Lo juro por las constelaciones de Oriente. Pero siempre que su augusta familia no se oponga a tan desigual matrimonio.

En la seguridad de que me iba a ser fácil vivir de mi trabajo, ofrecí a la enana, que se consideraba una princesa desdichada, los veinte luses que tenía en mi bolsillo. Tenía ella derecho a ser feliz en la casita de Greenock, donde me esperaba. La viejita aceptó, le besé las manos y nos despedimos.

V

En alta mar

Días después, en el puerto de Granville, tuve noticias de mi tío. Luego de veinte meses de viaje sin novedad, había llegado a una isla desconocida. Se internó en la selva, y una noche lo vieron regresar a bordo, alegre y rejuvenecido.

Lo más extraordinario, según me contaron, era que el viejo se creía intendente de los palacios de la princesa Belkis, de la cual mi padre mandaba las fuerzas navales. Eso no era posible, por cuan-



to la princesa Belkis era el Hada de las Sobras, según ella misma, en su delirio, me había manifestado.

Mientras tanto, cumplí los veinte años de edad y me dediqué de lleno al trabajo. Y, cosa extraordinaria, bastaba que invocara la influencia del Hada, para conseguir rápida ocupación con buen jornal.

Estaba trabajando en El Havre, cuando supe que iba a zarpar un pequeño barco con destino desconocido en cumplimiento de una misión secreta. Se llamaba "Reina de Saba" y admitía sin cargo de pasaje a unos cuantos obreros competentes. Fui recibido en seguida.

Comenzó nuestro viaje con buen tiempo, pero al segundo día el cielo se encapotó y la aguja de

la brújula empezó a girar locamente. El viento era terrible y el "Reina de Saba" danzaba sobre las olas como un trompo. Horribles pajarracos revoloteaban alrededor de los mástiles, monstruosos peces caían sobre cubierta y el fuego de San Telmo aparecía en las jarcias en forma tan compacta que semejava un incendio.

Sin embargo, el capitán fumaba tranquilamente en el puente de mando, y la tripulación dormía a pierna suelta.

De pronto, el barco se hundió en el abismo. Me sentí llevado por un remolino, y cuando volví a la superficie me encontré con un cielo limpio y un mar tranquilo. No lejos de allí se veía una playa a la que fácilmente podía llegar a nado.

Cuando ya estaba por tocar tierra, vi una especie de bolsa blanca flotando sobre las olas. Aunque estaba muy fatigado, traté de auxiliar al supuesto naufrago. Apenas me así de ella, la bolsa me arrastró hacia tierra. Cuando llegamos, el bulto se enderezó, saltó sobre la arena y tuve ante mí al Hada de las Sobras, más blanca, mejor vestida y más atrayente que nunca.

Sin embargo, estaba triste. Había pagado su pasaje en el "Reina de Saba" y el naufragio le impedía volver a su casita de Greenock. Le ofrecí mis ahorros, y ella los aceptó a condición de que a mi vez tomara un recuerdo suyo. Y sacando un medallón, que contenía su retrato, me lo entregó.

Cuando levanté los ojos del retrato, el Hada doblaba un recodo de la playa y poco después desaparecía a lo lejos.

Más tarde llegué a la población próxima. Era una ciudad británica y fría. ¡Se llamaba Greenock!



Al llegar a mi casa, vi mucha gente...

VI

El carpintero de Greenock

En busca de hospedaje, llegué a la casa de una señora Speaker, la cual, engañada seguramente por un raro parecido, me recibió con grandes muestras de amistad.

Al día siguiente me dirigí a la carpintería de un tal Finewood, quien me tomó a su servicio y me dijo que le parecía recordar mi cara.

Con tanta afición me dedicaba al trabajo, que no advertí que mi patrón me venía observando detenidamente desde el primer día. Llegó a pagarme como oficial adelantado y a tenerme más consideración que a ninguno de sus obreros.

Finewood solía decir a sus amigos, refiriéndose a mí:

—Prefiere pasear por la playa a bailar con Folly u otra alocada de la misma condición. En realidad, hace bien.

Yo no pensaba en bailar. Contemplaba el retrato de mi princesa y conversaba con ella espiritualmente. Y siempre que me internaba en un paraje solitario, se me aparecía Folly como al azar y me sonreía. Tanto me molestaba su presencia, que una vez le dije que ya tenía novia, que era la princesa Belkis, y me extrañó que, en lugar de deshacerse en lágrimas, estallara en una risa loca.

Mi confesión circuló rápidamente entre las muchachas de la ciudad, y más de una vez oí murmurar a mi paso:

—¿A quién se le ocurre pensar que la princesa Belkis se va a casar con un carpintero? Únicamente se podrá casar con ella el que encuentre el trébol de cuatro hojas o la mandrágora que canta.

Tanto se reían de mí, que un día resolví abandonar la ciudad. Esa misma tarde, antes de la partida, al llegar a mi casa vi mucha gente detenida ante un cartel en el que había dibujado un barco raro, con una inscripción trazada en caracteres tan extraños que los sabios de la localidad no alcanzaron a descifrarla. Pero yo sí. Es-



Acepté, y vi al señor intendente...

taba escrita en hebreo, que yo conocía, gracias al Hada de las Sobras. Decía así la inscripción, que yo traduje en voz alta:

“Por la gracia de Dios y bajo la protección de los ángeles, se advierte a los marineros, comerciantes y carpinteros de Greenock que pasado mañana se hará a la vela el barco “Reina de Saba”, el cual irá a la isla de Arrachich, en el desierto de Libia, donde llegará por los canales subterráneos que hizo construir la Reina Belkis, soberana de Oriente y Mediodía”.



Me dirigi a lo alto de la montaña para



Comenzar la busca de la planta cantarina.

—¡Belkis! ¡Belkis! —gritaron veinte bocas a mi alrededor, en son de mofa—. El pobre vuelve a su locura. Está irremediablemente perdido.

Me alejé, confundido y desesperado. Fui al puerto y me enteré que el pasaje en el "Reina de Saba" costaba veinte monedas de oro. Resuelto a partir, fui a la carpintería donde trabajaba y arreglé mis cuentas con el patrón. Me tocaban justamente veinte monedas.

El capitán tenía la misma cara de aquel lobo de mar que fumaba tranquilamente a bordo del otro "Reina de Saba", en pleno naufragio.

VII

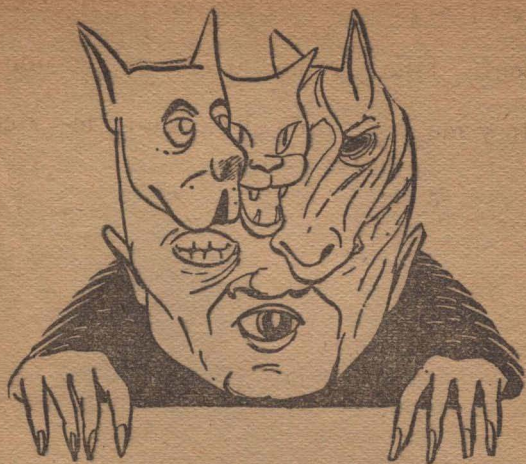
La lucha con animales desconocidos

Como el "Reina de Saba" no partía hasta el día siguiente, y me quedaban unas monedas, decidí regalarme con una buena cena remojada con cerveza.

Cuando llegué a mi casa de pensión, la dueña me recibió con estas palabras:

—Venga pronto antes de que su pollo se que-me y su oporto se agrie. Me los ha encargado en su obsequio el señor Finewood, así como que duerma esta noche en un buen lecho de plumas.

Cuando me senté a la mesa, la señora me comunicó que el intendente de la isla de Man, que había llegado para hacer un depósito en las oficinas de recaudación, deseaba acompañarme a cenar para poder conversar conmigo. Me apresuré a levantarme y saludar al funcionario, que tenía una linda presencia. Lo único que chocaba en él era la cabeza, que, en lugar de ser de persona,



Parecían pertenecer a un solo cuerpo.

era de perro danés. Primero quedé turbado, pero al ver que era yo el único que en el amplio comedor se maravillaba de esa rareza, terminé por encontrarla como la cosa más natural del mundo. Diez minutos después entendía perfectamente su lenguaje, que consistía en un ligero aullido modulado en distintos tonos y acompañado de expresivos gestos.

Nos separamos cordialmente, y como el oportuno, que nunca había bebido antes, me daba mucho sueño, decidí acostarme; pero apenas me había empezado a desvestir, la dueña de la pensión me vino a ver para rogarme que aceptara en mi cama al distinguido personaje que había comido en mi mesa, puesto que no le quedaba lugar disponible.

A eso de la medianoche me despertó el ruido

de una ventana que se abre. Y oí que una voz acompañada de gruñidos incomprensibles decía:

—El otro duerme. Ahora es el momento.

Mientras yo, muerto de miedo, aguantaba la respiración, la luz de una linterna iluminó mi cara. A través de las pestañas vi la cosa más horrible que se puede imaginar: detrás de la linterna sorda había cuatro cabezas enormes que parecían pertenecer a un solo cuerpo. Una cabeza era de un gato salvaje; la otra, de un dogo; la otra, de un caballo desollado, y la última, de un hombre monstruoso.

Una palanca que tenía forma de brazo negro y velludo se introdujo bajo la almohada, sin duda en busca de la cartera del intendente.

Yo no me pude contener, y saltando de la cama, tomé mi puñal y me arrojé sobre los fantasmas tirando golpes a diestra y siniestra.

Finalmente, conseguí arrebatarse el tesoro. ¿A quién? Lo ignoro.

Al día siguiente me encontraron tendido en el suelo junto a la cama, con la cartera del intendente en una mano y el puñal en la otra. Dormía plácidamente, como si nada hubiera pasado.

VIII

El proceso

—El crimen es evidente —decía un magistrado judicial que se había aproximado donde yo estaba—. Aunque el cuerpo del intendente no presenta herida alguna, está muerto. No hay duda que se trata de un caso de homicidio y robo.

—¿Yo, asesino de un noble perro que defendía



—Está loco, y lo voy a demostrar en mi informe.

con todas las fuerzas? —grité en el colmo de la indignación.

Pero de nada valieron mis protestas. Por una oscura escalera, me llevaron a la sala del tribunal.

—Debe ser ahorcado al amanecer —dijo el fiscal.

Protesté con una larga peroración, pero el fiscal deshizo mis argumentos, y como aludiera a un casamiento no cumplido y a cierto retrato, le dije:

—Es cierto que estoy comprometido con una respetable señorita de Greenock, pero el término todavía no ha expirado. En cuanto al retrato, renuncio a él, si es necesario. Tomadlo, señores, y mi vida con él, pues por él y sólo por él vivía.

Los jueces cayeron como buitres sobre el medallón. Luego deliberaron, y fuí sentenciado a la horca.

Los magistrados se quedaron con el rico en-

garce del medallón y me devolvieron el retrato de Belkis. Podía morir tranquilo.

IX

Del patíbulo a la dicha

Me llevaron al cadalso. Era mediodía, la hora en que el "Reina de Saba" debía levar anclas.

Cuando estuve al pie de la horca, el sheriff anunció al pueblo que, de acuerdo con una antigua costumbre de Escocia, mi vida sería salvada si una mujer me pedía en matrimonio.

De pronto un coro de carcajadas estalló a mis espaldas. Me di vuelta y vi que el Hada de las Sobras venía hacia el patíbulo.

—Vengo a salvarte —me dijo, cuando estuvo junto a mí—. Hoy es el día en que cumples tu mayoría de edad. Puedes devolverme mi retrato si no quieres mantener la promesa que tal vez irreflexivamente me has hecho.

El sheriff rompió la sentencia de muerte; la guardia se retiró, y la viejita y yo descendimos la escalera del patíbulo tomados de la mano, mientras el pueblo gritaba:

—¡Milagro! ¡Milagro! El prometido de la princesa Belkis, la viuda de Salomón, se casa con el Hada de las Sobras.

—No le hagas caso —me dijo en voz baja la enana—. La viuda de Salomón no es la belleza sino la sabiduría, y con ella se consigue la verdadera felicidad.



*Cuando estuve al pie
de la horca...*

X

La casa del Hada

Con el Hada de las Sobras llegué a la casa que había buscado inútilmente por toda la ciudad. Era una linda casita de juguete, con paredes amarillas, techo colorado y ventanas plateadas. Había también un pequeño jardín con seis arbolitos de dos pulgadas.

La enana me tomó de la mano, se agachó ante la puerta y me introdujo en una pieza amplia y,

elegante en la que nos enderezamos sin inconveniente.

—Aquí tienes tu biblioteca, y aquí tus útiles de carpintero — me dijo la linda viejita—. Estás acostumbrado a la vida humilde, que no cambiarás en lo sucesivo, y si te alegras con tu obra, alcanzarás la sabiduría. Consérvate puro para esa dicha que te espera. Mi afecto por ti es como el de una madre.

De pronto se oyó en la puerta un suave gruñido.

—Ya sé quién es —dijo la enana, mientras iba a abrir—. Debe de ser Blatt, el primer caballero del intendente de la isla de Man.

Inmediatamente el Hada me dió una amplia explicación. La isla de Man pertenecía a una rama de la familia de la enana y le correspondía en herencia, por lo que el intendente ponía a su disposición las rentas del año, que eran nada menos que cien mil monedas de oro, cien mil monedas que yo había arrancado de manos de los ladrones.

Tantas riquezas me aturdieron. Sin embargo, lo acepté todo con resignación. Quise abrazar al Hada, pero había desaparecido tras la puerta de mi habitación, la que se ajustaba tan bien al marco, que no hallé juntura alguna que me permitiera forzarla.

Me quedé pensando sobre lo mudable de la suerte. Aquella noche no pude dormir. Y ni entonces ni nunca pude explicarme para qué sirve la riqueza.



*Se sacó el sombrero
empenachado que
trata...*

XI

El baile de las muñecas

A la mañana siguiente llegué a la carpintería antes que los demás obreros. Únicamente me había ganado el patrón, que estaba sentado en un banco con la cabeza entre las manos. Al verme me dijo:

—Por lo visto, has desistido de tu viaje, de lo cual me alegro.

—También me alegro yo, si es que puedo servirle de consuelo. ¿Qué le pasa?

—Los seis pretendientes de mis hijas han des-

aparecido con el dinero que les adelanté como dote de cada una.

—¿Y era mucho?

—Treinta mil monedas de oro. ¡Toda mi fortuna! Se han embarcado para el continente, y me moriría de rabia si no creyera que el cielo me ha vengado y esos traidores han muerto en la tempestad de anoche.

—Lo felicito, maestro.

—No me vengas con burlas.

—No son burlas. Al contrario. Pues por treinta mil monedas de oro la Providencia le ha hecho el favor de librarlo de seis pillastres, que hubieran hecho desgraciadas a sus hijas. Además, puede usted reparar el mal. ¿No le parece un buen negocio comprar con treinta mil monedas de oro la felicidad de sus hijas y la bendición de doce personas?

—Tienes razón —me respondió—. Y lo haré. Y tú te casarás con Ana, que es la más joven, y serás el jefe de la casa.

—Le agradezco, pero no puedo, pues he de casarme con mi prometida: el Hada de las Sobras.

Finewood, visiblemente desalentado, me rogó que volviera al trabajo, y cuando, terminada la media jornada, me iba a retirar, me llamó y me contó muy satisfecho que los seis mejores obreros del taller le habían pedido la mano de sus hijas, a pesar de saber que no tenían dote alguna. Y agregó:

—Sabrás que esta tarde estuve en el puerto y vi amontonados en la playa los restos informes del barco en que huyeron mis ladrones, y mientras meditaba sobre la justicia de Dios, vi a un lindo perro de aguas que llegó hasta mí, dejando



Me dijo el Hada que las visitantes...

a mis pies una bolsa que reconoí en seguida. Luego el can volvió otras cinco veces al mar y me trajo otras tantas bolsas. ¡En total, las treinta mil monedas de oro de la dote de mis hijas!

Cuando llegué a mi casa, que era la misma de la del Hada de las Sobras, oí una gran bulla en

su interior, Recordé que la viejita aguardaba siempre en esa fecha noventa y nueve visitas, de otras tantas hermanas que tenía. Al abrir la puerta, me dijo el Hada que las visitantes no querían marcharse sin conocerme.

Después de las presentaciones de rigor, se reanudó la música y terminó la velada con una danza, que fué un verdadero baile de muñecas.

A las nueve se retiraron a los pabellones que el Hada les había hecho preparar en el jardín, y no las he vuelto a ver más.

XII

En busca de la mandrágora

Y transcurrieron seis largos meses de vida apacible y encantadora. Hasta que una noche vi reflejada en el rostro del Hada de las Sobras una rara melancolía. No cabía duda que sufría. Y le dije:

—Parece que me está usted ocultando un secreto desagradable.

—Ya que lo has adivinado, te lo diré —me contestó—. Sabrás que estaré por poco tiempo más a tu lado. Aunque sea muy duro, tendremos que separarnos.

—¡Imposible! No podría sobrevivir. ¿Y quién puede separarnos?

—¡La muerte! Un horóscopo me predijo que éste es el último año de mi vida. ¿Comprendes?

—Pero usted que conoce todos los misterios, ¿por qué no busca un medio que anule ese fatal vaticinio?

—En realidad, ese medio no falta. Pero cuan-



*Aseguran haberlo visto
lanzarse desde la torre...*

do se tiene mi edad, no debe imponerse a quien tiene una edad como la tuya. El mismo horóscopo dice que en este último año un hombre podría encontrar, por amor o gratitud, el remedio que prolongaría mi existencia a la vez que me devolvería la juventud.

Para expresarle que yo era ese hombre, me arrojé al suelo cubriéndome la cara con las manos. Y ella me dijo:

—Debes llegar hasta la puesta del sol del día de San Miguel, sin que te pese lo que me prometes.

Le dije que lo que me pedía por seis meses era poco, ya que podía jurar que estaba dispuesto a hacerlo durante toda mi vida. Y ella prosiguió:

—La prueba es más peligrosa de lo que supones. Tendrás que ir en busca de ese remedio muy lejos, pues yo misma ignoro dónde se encuentra.

—Ya hubiera partido, si supiera de qué se trata.

—Se trata de la mandrágora que canta.

—¿Pero usted cree que hay mandrágoras que cantan? La mandrágora es una planta, y las plantas no tienen voz.

—Hay una sola que canta, y su historia es una de las más bellas de Oriente. Figura en uno de los libros secretos de Salomón. Esa es la que debes encontrar para que yo siga viviendo y vuelva a ser joven.

—¿Cómo podré dar en seis meses con esa mandrágora, si nadie la ha encontrado desde los tiempos de Salomón?

—No te acobardes. Esa mandrágora se ofrecerá por sí misma a la mano de quien está destinada. Cuando esté por extinguirse en el crepúsculo el último rayo del sol del día de San Miguel, la mandrágora que canta se abrirá fresca y roja en tus manos para repetirte con voz que nunca has oído una vieja canción de tu infancia.

Minutos después abracé a la enanita y me dirigí a lo alto de la montaña para iniciar la busca de la planta cantarina.

Durante semanas y semanas anduve inútilmente por sierras y valles, hasta que hace apenas dos días encontré en las afueras de Glasgow a dos botánicos que buscaban plantas simples. Les pregunté si no tenían inconveniente en decirme dónde podría encontrar la mandrágora que canta, y uno de ellos, después de mirarme con atención y hacer una extraña seña a su compañero, me contestó:

—Si existe, tiene que estar en la Casa de los Lunáticos. Este señor lo puede acompañar. Vaya tranquilo, que allí estará muy bien y le darán toda clase de facilidades.

Y aquí me tienen prisionero, cosa que no me importa, ya que en este jardín las mandrágoras abundan.

Epílogo

Dejé al lunático que me contó lo que antecede, entregado a la tarea de arrancar mandrágoras. Aquél era el día de San Miguel, y antes que se desvaneciera el postrer rayo de sol, debía el infeliz encontrar la fantástica planta. Decía que estaba seguro que aquél iba a ser el día más feliz de su vida.

Dos días después volví a aquella casa de salud, y pregunté por el joven internado.

El portero me dijo que el mismo día de mi visita había desaparecido y que los guardianes lo habían estado buscando inútilmente.

—Habría fugado —me atreví a sugerir.

—Sí. Los demás pensionistas aseguran haberlo visto lanzarse desde la torre de la capilla con una flor en la mano, mientras se oía una suave

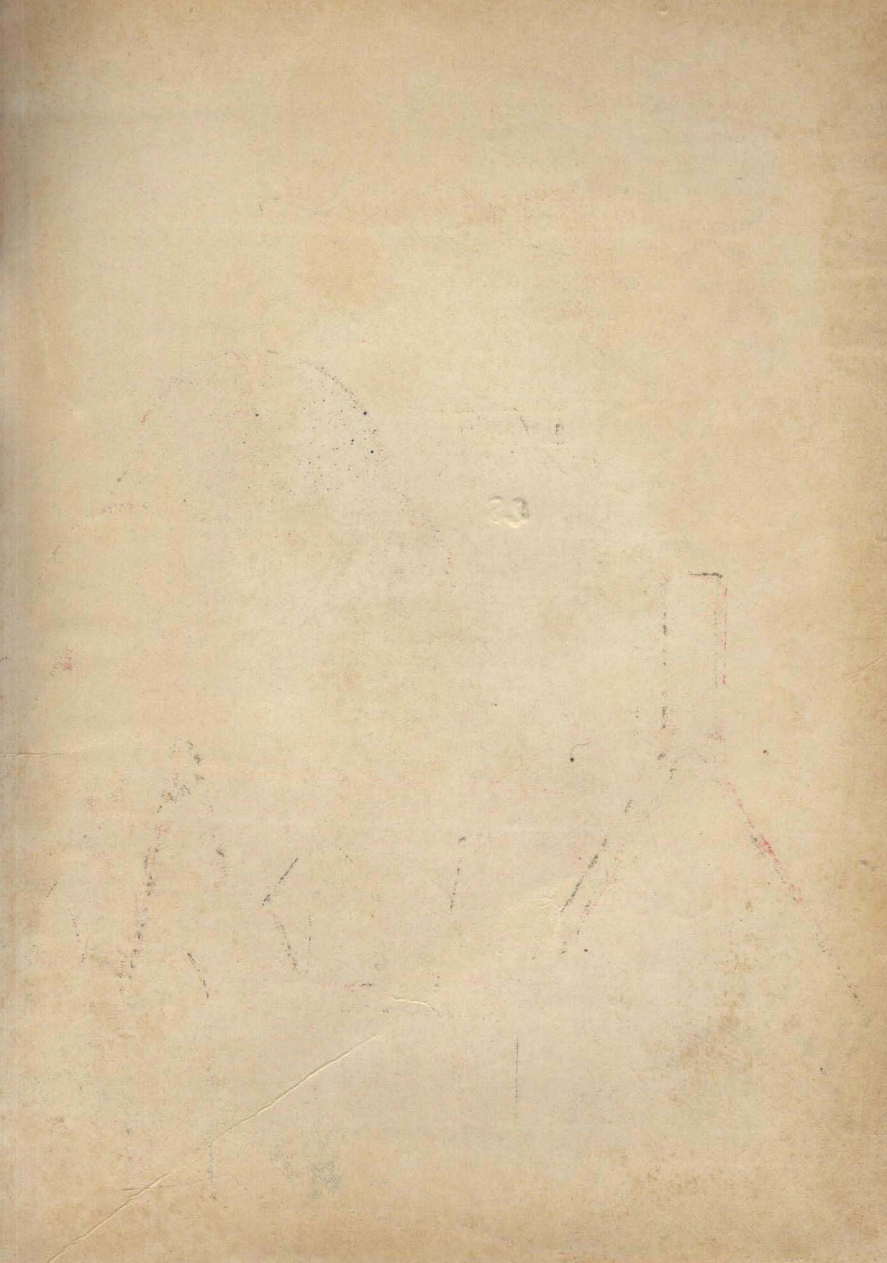
canción, que no se sabía si partía de él o de la flor.

Me fuí a Greenock. Allí recordaban al joven carpintero, que no había regresado desde que partiera una mañana, hacía seis meses. Pero nadie tenía la menor noticia del Hada de las Sobras.

No tengo por qué no creer que el singular muchacho encontró la mandrágora que canta, y fué a reunirse con su prometida. Ahora estará en la isla de Arrachich, en el desierto de Libia, con el Hada convertida en princesa, con su padre comandante de la armada y con su tío intendente de palacio.

Y será feliz.





CUENTOS INFANTILES
LA ABEJA
de
28

